

## Introducción

A lo largo de los años y de los años de consultorio quise para mí un psicoanálisis contemporáneo. Con mis fuerzas, y apoyado en maestros y colegas, fui compartiendo mi experiencia teórico-clínica en conferencias, seminarios, artículos y libros. Pero sobre todo, la fui poniendo a prueba en la clínica, que es mi trabajo de todos los días.

Por momentos prediqué. Un psicoanálisis contemporáneo no podía tener una única autoría. No sin ingenuidad, invite a mis colegas a sincerar su práctica, evitando esa disociación por la cual hacemos una cosa y decimos otra. Por supuesto, respeto y disfruto que digamos distinto porque hacemos distinto.

Por momentos denuncié. No pude callarme cuando veía a mis colegas, sobre todo los más jóvenes, yendo “*al Polo con ropas de verano*”<sup>1</sup> ropas a veces elegantes pero siempre inapropiadas. Dije que la Argentina era distinta, y que la práctica es distinta en la Argentina. Dije que cada coyuntura sociocultural exigía otros compromisos psicoanalíticos<sup>2</sup>.

Traté de no agregar complejidad literaria a ideas de por sí complejas. Pero también intenté un estilo más llano para que me leyeran aquellos en los que se juega el futuro de nuestra praxis, es decir, las nuevas camadas. ¿Qué lecturas les ofrecemos a los que recién empiezan? Seudolalias muy bien armadas. Oportunismos varios. Autores que cambian para que nada cambie. Autores que hablan siempre de lo mismo, aunque el público ralee. Me gusta la imagen del Polo. Algo se está enfriando, apático. Algo tiene el brillo frío del dogma apasionado.

Es una media verdad que el psicoanálisis se define por lo que no es psicoanálisis, y lo psicoanalizable por lo no psicoanalizable. Es una afirmación que niega el movimiento y tiende al inmovilismo. El psicoanálisis se mueve y el psicoanálisis es movido. Mueve sus bordes y esos bordes lo mueven. Entonces no queda otra que pensarlos, pensarlos como fundantes y como discutibles, y convertirlos en ámbitos de producción.

Quiero en esta introducción darle al lector un anticipo de los temas, de las insistencias. Muchas veces se encontrará con la expresión “*sistema abierto*”, ya empleada en libros anteriores. Pero más que en la noción de “*sistema abierto*”, más que en su definición, confío en haber producido un sistema abierto y en que el lector me lea con su sistema abierto. Voy (y vamos) en procura de algo más, ya que la ciencia es una construcción colectiva.

---

1 “*Cuando lanza a los jóvenes en medio de la vida con una orientación psicológica tan incorrecta, la educación se comporta como si se dotara a los miembros de una expedición al polo de ropas de verano y mapas de los lagos de Italia septentrional*”. (Freud, 1930)

2 Algunos capítulos fueron, en su primera versión, charlas en Brasil, Uruguay y Perú. En esos intercambios entendí que en toda Latinoamérica las demandas terapéuticas y, en consecuencia, la práctica psicoanalítica se está transformando.

Abierto a lo intersubjetivo. El sujeto está abierto a su historia, no sólo en el pasado sino en la actualidad. No tiene un destino sino que recrea lo que de afuera le llega. En lenguaje contemporáneo, el psiquismo está entre la redundancia y la imprevisibilidad, entre la repetición y la libertad. Como dice Atlan, entre el cristal y el humo. Un sistema abierto a las otras subjetividades y a un futuro instituyente precisamente porque no está instituido. Un hueso duro de roer. Ya no la papilla de lo preconcebido. Y entonces estamos condenados a volver a pensar. Y a menudo pensar por primera vez.

Hubo en la Argentina, entre muchas Edades de Oro, una para el psicoanálisis. No siento por ella ninguna nostalgia. Me nutro, en cambio, en el “*espléndido aislamiento*” de Freud, que por cierto no era una mesa reservada en un restaurante de lujo. Los psicoanalistas, como el salmón, nadamos contra la corriente de los consensos institucionales.

Los músculos o están crispados o están flojos. Algunos acaban de descubrir que el mundo, como la *donna, è mobile*, y buenamente tratan de ponerse al día o malamente se vuelven oportunistas. Están también los impasibles, los que se bañan siempre en el mismo río. Y alguna razón tienen (poca) cuando dicen que sólo cambian los ropajes, que el corpus es siempre el mismo, lo que les sirve para abroquelarse. Los agoreros nunca faltan. Se dice que el psicoanálisis ya no interesa, que no es contemporáneo. Y otros, en cambio, ni deprimidos ni eufóricos están luchando con los nuevos desafíos clínicos, teóricos y transdisciplinarios.<sup>3</sup>

El psicoanálisis no está muerto, ni vivo, ni a punto de morir. El psicoanálisis está como los psicoanalistas, los analizados y la cultura quieren que esté. Y no es algo que le pase sólo en Buenos Aires. Miembro del panteón de la cultura, y a veces miembro jubilado. Lo han obligado a moverse, a repositionarse. No lo jaquea sólo la interminable crisis económica, sino también los cambios en el imaginario.

Hasta 1895, para Freud, el recuerdo patógeno era como un quiste que pudiera ser extirpado. En adelante, se tratará, no de extirpar, sino de “*disolver la resistencia y así facilitar a la circulación el camino por un ámbito antes bloqueado*”. Y el psicoanálisis, en 1895 y siempre, cuando no está bloqueado, cuando es actual, contemporáneo, se va construyendo en la refutación, en el debate (facilitando la circulación). ¡Oh, con nuestro “saber que no se sabe”! ¿Sabemos o no sabemos qué leños arrojamamos al fuego del debate? Por supuesto: nuestras teorías infantiles, nuestros infantilismos sin teoría y nuestras ansias de poder. En el mejor de los casos: nuestra pulsión de saber.

En este libro arrojaré al fuego:  
identidad y alteridad,  
intersubjetividad y constitución subjetiva,  
vínculos actuales y autoorganización,  
teoría del sujeto.

---

<sup>3</sup> No me canso de contarlo. Una vez apareció en un periódico que Mark Twain había muerto. El escritor, que estaba vivo y con el humor siempre despierto, les mandó un telegrama: “*Noticia de deceso muy exagerada*”. Twain no dijo “*falsa*”, dijo “*exagerada*”. Observen ese matiz.

Para mí son cuestiones complejas pero nada bizantinas y nada nominales aunque tengamos que escoger las palabras con cuidado. Son los fundamentos, la trama conceptual desde los que pienso el sufrimiento y los recursos disponibles para convertir “*la miseria neurótica en infortunio ordinario*” (Freud, 1895). Lo diré con menos fuego:

la relación sujeto-objeto;  
lo intrapsíquico y lo intersubjetivo;  
narcisismo patológico y trófico: consistencia, fronteras y valor del yo;  
relación verdad material-verdad histórico vivencial-realidad psíquica.  
Son temas para debatir y alguien, como siempre, recogerá el guante.

En los debates el psicoanálisis se debate por ser contemporáneo. Lo jaquean también los pacientes, que “*ya no son los de antes*”, pero sobre todo lo jaquean sus rémoras teóricas, entre ellas, la que lo lleva a una oposición tajante entre fantasía y realidad. Considerar la realidad no es volver al viejo dilema entre neurosis actuales y transferenciales sino pujar para que la oposición dé más de sí. Esa realidad no sólo se enseñoorea cuando el aparato psíquico es lábil. Hay graves patologías que no son pacientes graves, sino personas que están pasando por situaciones traumáticas devastadoras que hacen tambalear vínculos, realidades, proyectos personales.

“*Desde tres lados amenaza el sufrimiento*”, dice Freud en 1930 (¿influido por la crisis de Wall Street?). Nos amenaza, sigue diciendo, “*desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma: desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que viene de esta fuente los sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro*”. De modo que hoy, al descubrir lo intersubjetivo (en el devenir del sujeto y en la trama objetal actual)... ¡estamos descubriendo la pólvora! Lo intersubjetivo es una conquista actual y a la vez un fundamento freudiano.<sup>4</sup>

Las relaciones intersubjetivas -si predomina Eros- reconocen la alteridad, es decir la diferencia entre objeto actual y objeto fantaseado. Alteridad: también es renuncia a la identidad entre pasado y presente. “Identidad y/o alteridad”. Disyunción-conjunción desde la cual es pensable la relación entre subjetividad e intersubjetividad.

Sigo pensando que las propuestas freudianas se acercan a lo que acontece en mi práctica clínica más que muchas de las que vinieron después, en tanto integran el rigor de una escucha con la singularidad y la libertad que deben estar en juego en cada proceso analítico. En ese sentido, **mi** vuelta sobre Freud<sup>5</sup> no implica imitar a Freud y restaurar el pasado, y menos descartar a los postfreudianos, tan valiosos aun en sus “desviaciones”. Implica volver a pensar.

---

4 Es este énfasis lo que destaco en el capítulo acerca de las tópicas freudianas. La intersubjetividad como productora de subjetividad.

5 Sagaz, elaborativamente, para Laplanche se trata de retornar *sobre* Freud y no de retornar a Freud. “Retornar a” podría implicar una adhesión acrítica a fórmulas y a argumentos de Freud, a lo histórico de Freud, y no a sus *Grundbegriffe*. Afrontar sus contradicciones y dificultades, en vez de eludirlas. Una lectura problemática, histórica y crítica diferencia entre la historia caduca y la historia constituida por el pasado actual.

La clínica y los textos son la apoyatura de la pulsión de saber, cuando la devoción al talento ajeno no deriva en abolición del propio. Esta devoción fue denominada por Harold Bloom “*angustia de las influencias*” por la cual un autor experimenta una claustrofobia imaginativa o una sensación de agotamiento de la imaginación a causa de aquello ya escrito.

No menos que los médicos o los torneros, los psicoanalistas somos practicantes. Pero ¿somos, además, lectores críticos o sólo discípulos crónicos? ¿En qué se convierte un practicante que no lee? ¿Y un practicante que lee, pero como alelado discípulo crónico?

Pensar es, no sin el otro, pensar lo que el otro no piensa. Invertir el pensar sólo es posible si no es la repetición de un ya pensado. Reconocerse el derecho a pensar lo que el otro no piensa y lo que no sabe que uno piensa presupone la renuncia a encontrar a alguien que garantice lo verdadero y lo falso.

La pulsión de saber está sostenida por la pulsión visual y los intereses egoístas. Primer engaño y rechazo. Desconfianza. La sensación de no ser un “niño bueno”. Conflictos mil. En el mejor de los casos, no siempre, de los conflictos nace la autonomía intelectual, el pensar se emancipa y deviene pulsión de investigar<sup>6</sup>. El primer desafío del niño es pensar desde su cuerpo (teorías sexuales infantiles), enfrentando al discurso de los adultos. Y si se me disculpa la analogía, el primer desafío de los psicoanalistas es pensar desde ese “cuerpo” que es su práctica, enfrentando los discursos “prestigiosos”.

Pasión y conocimiento ¿se excluyen? Parecería que la pasión enturbia la escucha, la mirada, y que lo propio de un investigador es la frialdad. Hay pasión cuando el objeto de placer deviene necesidad. ¿Existe esa relación en el conocimiento? ¿Qué objeto inviste la pasión de conocer? Si fuera sólo lo ya-pensado o lo ya-escrito o lo ya-descubierto, el sobreinvertimiento de lo producido detendría la interrogación. Esa es una de las raíces del dogmatismo (Castoriadis).

El análisis es el encuentro entre la demanda de curación del paciente y el deseo de curar del analista, que es tan distinto del “*furor curandis*” de los que quieren forzar la cura. El deseo de curar no es el de poner una pica en Flandes, sino el deseo más que sensato, de ayudar a que el paciente se acerque a sus propias verdades.

Naturalmente, siempre se exigió una fundamentación metapsicológica para la cura, que de otra forma sería mágica. En busca de una renovación, me adentré en la serie del chiste.<sup>7</sup>

Freud ya había visto que el chiste era no sólo un juego sino un “*juego desarrollado*”. Porque supone una concordancia psíquica con el otro, un placer procedente del inconsciente, una cooperación de los sistemas. Como la sublimación, el jugar, el humor, los vínculos, el chiste es una simbolización abierta, que al conjugar repetición y diferencia permite la emergencia de lo nuevo.

---

6 Véase el capítulo IV.

7 En *Práctica psicoanalítica e historia* (Paidós, 1993) postulé prototipos de formaciones de compromiso: el síntoma, el sueño y el chiste. Y me puse a estudiar allí mismo la serie del chiste: el jugar, el humor, la sublimación, los vínculos actuales. Y en *Narcisismo* (Paidós, 2002) postulé una metapsicología del chiste como formación de compromiso.

Tramitados mediante formaciones de compromiso de la serie del chiste, algunos conflictos eluden el empobrecimiento libidinal y narcisista, adquieren una historia y van transformando necesidades en finalidades originales. Así las labilidades se convierten en creatividades.

Para invertir el futuro hay que afrontar los límites de lo analizable. Bordes de la clínica. Bordes de la teoría. Sentirlas, vivirlas, pensarlas. Ponerlas a trabajar. Concretamente, salir del gueto o, como decía Borges, del color local.

Nuestra especialidad no es una excepcionalidad. Todas las disciplinas establecen fecundos intercambios con las otras, sin miedo a contaminarse y a perder especificidad o rigor. El miedo intelectual. La inhibición. Estar tan prevenidos con las otras disciplinas, por miedo a extrapolar. Como si pudiéramos bastarnos a nosotros mismos, en la vida o en la profesión. Como si el psicoanálisis negara lo que cualquiera sabe: a medida que caminamos el horizonte se aleja.

¿Cómo escribiría hoy Freud “*El proyecto*”, “*Tótem y tabú*”, “*El malestar en la cultura*”?

¿Con qué física?

¿Con qué biología?

¿Con qué neurociencias?

¿Con qué antropología?

¿Con qué historia?

¿Con que epistemología?

La pregunta se responderá también desde la práctica, Práctica clínica o práctica teórica. Es práctica cuando no predominan los devaneos teóricos. Práctica implica inspiración, proyecto, y una utopía que se prueba día por día. Tarea no exactamente divertida, pero sí excitante y variada: especular, fantasear, testimoniar, dejar dicho, seguir diciendo.

En primera persona puedo decir mi proyecto. Situarme en los bordes de la clínica y de la teoría, exigirme un psicoanálisis no solipsista<sup>8</sup> pensando al sujeto como sistema abierto autoorganizado. No es muy cómodo. Pero la “*zona de confort*” se parece demasiado a un hostel de jubilados.

Las instituciones son como nuestras distintas residencias. Hay instituciones fundamentalistas. Las hay hospitalarias, pluralistas, en las que las corrientes mayoritarias permiten que se expresen las corrientes minoritarias. Y hay, por así decirlo, “trans-instituciones” en las que predomina un eclecticismo blando que soslaya el debate. ¿Cómo lograr, y en qué residencia, un pluralismo nutrido por el pensamiento crítico?

Nuestra Torre de Babel pretende tranquilizarse con acuerdos básicos. También yo participo en esos foros llamados “multidisciplinarios” y que no lo son porque todos decimos ser psicoanalistas; foros a los que se invita, salomónicamente, a un representante de un trío de escuelas todavía

---

8 El solipsismo es una radicalización del subjetivismo en el que todo lo existente se reduce a la representación, por lo que encierra y aísla a la subjetividad. Opondré en este libro reiteradas veces un psicoanálisis solipsista a un psicoanálisis intersubjetivo el cual tiene como pertinencia la relación objeto fantaseado y pensado con el objeto real. Un psicoanálisis no solipsista no descuida lo intrapsíquico. Lo vincula al objeto real.

en boga o boqueantes, en los que hablaríamos en una especie de esperanto, hecho de pacientes y pilares básicos, por ejemplo el de series complementarias. Esperanto que estalla no bien se entra “en detalles”. Por ejemplo: ¿qué estatuto teórico y qué eficacia psíquica les atribuimos a cada uno de los elementos de la serie? Porque ni la vaguedad ni la vagancia son sin consecuencias en la clínica. Es mentira que zanjemos nuestras diferencias en la clínica. *La clínica, sin teoría, es un lugar en sombras.*

Hasta hace pocas décadas predominó en la ciencia la aspiración de simplicidad. Lo simple estaba ahí, apenas oculto por las apariencias cambiantes. Es simple y puede ser aislado, aislamiento que permite a los especialistas ser expertos en sus compartimentos y cooperar con eficacia en sectores de conocimiento no complejos. Pero ese paradigma implica una lógica que extiende sobre la sociedad y las relaciones humanas restricciones y funciones propios de la máquina artificial y de la visión determinista y mecanicista que la máquina origina. Ese paradigma oculta o disuelve todo lo que es subjetivo, libre, creador. *Complexus* significa lo que está tejido junto. Hay complejidad cuando son inseparables los elementos diferentes que constituyen un todo (como el económico, el político, el sociológico, el psicológico, el afectivo, el mitológico) y existe un tejido interdependiente entre el objeto de conocimiento y su contexto, las partes y el todo (Morin, 1999b). Hoy la ciencia aborda lo complejo, se abre a lo imprevisible. Movimiento y fluctuaciones predominan sobre estructuras y permanencias. Se trata de concebir no solo la complejidad de toda realidad sino la realidad de la complejidad. La clave es otra dinámica, denominada no lineal, que permite acceder a la lógica de los fenómenos caóticos. En esos términos, el psiquismo está alejado del equilibrio. En esos estados, lo incesante es la turbulencia. La historia es destructora/creadora. Un bucle autoorganizador reemplaza la linealidad causa-efecto por la recursividad. Recursivos son los procesos en que los productos son al mismo tiempo productores de aquello que los produce.

Al psicoanalista, la recursividad le permite abarcar la historia sin constreñirla. Freud articula fijación y frustración al tratar teóricamente la historia. Hijo de su tiempo, sin duda, lo incomodaban la fluctuación, el ruido, el desorden o el azar, pero en sus relatos clínicos nada de eso lo incomodaba.

La historia se construye desde el presente. ¿Cómo? ¿Inventando un pasado? ¿Recuperándolo sin producir nada nuevo? El analista no inventa cualquier pasado, más o menos “verosímil”. Y en un psicoanálisis, la verdad histórica se construye mediante las inscripciones del pasado, pero por el trabajo de dos subjetividades, cada una a su modo. Generando nuevas simbolizaciones logrando una historización simbolizante. Si no está impostadamente “teórico” (o sea, rígido), si no está impostadamente “flotante” (o sea, en baba), tengamos confianza. Es probable que esté en “teorización flotante” (P. Aulagnier).

Una y otra vez, pero cada vez distinta, el paciente relata su historia. Comprenderla no es recibirla ni como una estructura inmutable ni como un caos de acontecimientos azarosos. Es escuchar lo que permanece y lo que cambia. ¿El acontecimiento puede hacer surgir nuevas posibilidades de historia o es apenas un pretexto que forja la compulsión de repetición? Si lo actual fuera simplemente la realización de una virtualidad preexistente, usted y yo seríamos dos robots. El

psicoanálisis se estancará si no combina el determinismo y el azar, la teoría de las máquinas y la teoría de los juegos. Pero ya lo está haciendo.

Nos incumbe lo intersubjetivo. Hasta cierta altura del libro explicaremos que no disfrazamos una teoría solipsista con una cobertura vincular. Después mostraremos qué consecuencias se derivan en la práctica después de introducir lo intersubjetivo en la teoría, en todas las prácticas y no sólo en algunas. (Del *cómo* se ocupa una y otra vez este libro.) Insisto: se trata de introducir lo intersubjetivo y no de injertarlo.

Cuando el vínculo es *actual*, cuando predomina Eros sobre la pulsión de muerte, hay reelaboración fantasmática. Mostraremos el trabajo psíquico de articulación entre objeto fantaseado y objeto real y entre relación fantaseada y relación real. Haremos distinciones, oposiciones: chiste/ acto fallido, sublimación/ síntoma. Observaremos, en la teoría y en la clínica, que el yo no está desligado respecto de su historia, ni respecto de su entorno actual.

Volveremos a decir, que para el yo los objetos de placer se hallan en la realidad y, por lo tanto, invertir los objetos es invertir la realidad<sup>9</sup>. Claro, el yo en su trabajo de representación pretende adecuar lo “*fuera de la psique*” a sus construcciones. Pero como estas construcciones se topan en seguida con resistencias (necesarias) de ese “*fuera de la psique*”, y esas resistencias desmienten una parte de las interpretaciones que el yo se da sobre las causas de sus placeres, de sus sufrimientos, de sus metas, el yo está obligado a reconocer esa realidad que no coincide con el mundo fantasmático (Aulagnier, 1979).

El objeto -lo que es objeto para este sujeto- es un sujeto, algo fuera de su dominio. Los prójimos, regidos por sus propios deseos, más tarde o más temprano, suave o violentamente, propenderán a imponer su modalidad y se rehusarán a veces a un lugar que no quieren o no pueden ocupar. Ninguna relación está eximida del conflicto, aunque éste sólo emerja clínicamente cuando el conflicto se incrementa. Si el sufrimiento es excesivo se produce ese movimiento de desinversión en que amaga la pulsión de muerte. Volvemos a decir: más invierte-invierte el yo en un objeto, más ominosa es la sombra de su partida o su desinterés.

Bollas (1987) señala una paradoja del psicoanálisis inglés. Se lo ha considerado una “*teoría de las relaciones objetales*” y, sin embargo, presta escasa atención a la nítida estructura del objeto, habitualmente considerado como un recipiente que contiene las proyecciones del sujeto. Pero Bollas -un cabal representante del psicoanálisis inglés actual en una de sus variantes más fecundas- valoriza los encuentros reales. Me gusta cómo lo expresa: “*Entre otras cosas, esto*

---

<sup>9</sup> “Discernir la dicha posible en ese sentido moderado es un problema de la economía libidinal del individuo. Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza. Los más diversos factores intervendrán para indicarle el camino de su opción. Lo que interesa es cuánta satisfacción real pueda esperar del mundo exterior y la medida en que sea movido a independizarse de él; en último análisis por cierto, la fuerza con que él mismo crea contar para modificarlo según sus deseos. Ya en esto, además de las circunstancias externas, pasará a ser decisiva la constitución psíquica del individuo. Si es predominantemente erótico, antepondrá los vínculos de sentimiento con otras personas; si tiende a la autosuficiencia narcisista, buscará las satisfacciones sustanciales en sus procesos anímicos internos; el hombre de acción no se apartará del mundo exterior, que le ofrece la posibilidad de probar su fuerza.” (Freud, 1930) (El subrayado es mío, L. H., pero el énfasis es de Freud).

*nos sugiere que al encontrarnos con dicho mundo somos metamorfoseados en grado sustancial por la estructura de los objetos, internamente transformados por éstos, que dejan su huella en nosotros, ya se trate del efecto de una estructura musical, una novela o una persona. Al jugar, el sujeto libera su idioma personal en el campo de los objetos, donde es luego transformado por la estructura de dicha experiencia, y llevará en el inconsciente la historia de ese encuentro [...]. Cada nuevo ingreso en una experiencia con un objeto es como renacer, ya que la subjetividad es conformada de nuevo por el encuentro y su historia se ve alterada por un presente de radical efectividad que modificará su estructura. [...] Esta dialéctica de la colisión entre la forma del ser humano y la estructura del objeto es, en los buenos momentos, un goce de vivir, ya que uno es nutrido por el encuentro”.*

Pensar los vínculos. Desprenderlos de la historia le ha sido objetado a la psicología del yo. Y considerarlos mera réplica de vínculos del pasado implicaría nada menos que condenar al sujeto a ser víctima del Destino. Se tiende entonces a pensar lo infantil como una matriz según la cual sólo lo inicial permanece y las experiencias posteriores nunca pueden ser fundantes, por más intensidad afectiva que tengan.

En esta *Introducción*, sólo los menciono. Vínculos adecuados, “demasiado” adecuados. Vínculos idealizados, “demasiado” idealizados. Vínculos que, a veces, están al servicio del deseo. Los pacientes sufren por la imposibilidad del reencuentro con el objeto... Por la imposibilidad de hacerse querer por su sistema de ideales... Por la dificultad de conjugar aquellas exigencias con la realidad<sup>10</sup>.

El aparato psíquico es por derecho propio un sistema abierto y no porque algunos psicoanalistas hayamos decidido someterlo a la teoría de la complejidad. Es abierto porque el sujeto es un centro de organización, de recreación de todo aquello que recibe. La transubjetividad inicial ha dado pie a la constitución del sujeto y a partir de entonces, por comisión o por omisión, habrá intersubjetividad.

Entendido el psiquismo como sistema abierto, lo infantil ya no es más un clisé y los acontecimientos de la adultez dejan de ser anodinos o meros agravamientos de acontecimientos infantiles. Freud (1925) dice que el Edipo es “*tanto el punto culminante de la vida sexual infantil como el punto nodal desde el que parten todos los desarrollos posteriores*”. Reconoce así que irradiará hacia la vida ulterior, precisamente porque es núcleo. Gracias al pensamiento complejo los encuentros, los traumas, los duelos, los vínculos van tomando otro lugar, en la teoría y en la clínica. La represión originaria, el pasaje del yo de placer al yo de realidad, el sepultamiento del complejo de Edipo, la metamorfosis de la pubertad y todo duelo que produce una recomposición identificatoria pueden y deben ser considerados procesos de autoorganización. Ser y tener darán lugar al registro identificatorio y al registro objetal pero aun así el campo del ser no es independiente del campo del tener. Imbricación insoslayable entre identidad y objetalidad que puede (y debe) ser pensada desde una causalidad recursiva.

---

10 Véase el capítulo VII.



En “*El yo y el ello*” el carácter resulta de la historia de las elecciones de objeto. Pero hay en juego algo más que identificación narcisista. Freud había descripto la identificación histérica triangular en los síntomas histéricos, y a la identificación narcisista le agrega una identificación primaria. Pero subraya: la identificación edípica no es sólo una identificación narcisista. No lo es porque introduce en el yo el tercero, y no el objeto investido. En la situación edípica el niño va ocupando lugares que tendrán que ver con el deseo de la madre (con rasgos del tercero) y ocupando lugares que no están al servicio de la ruptura del vínculo sino de su preservación. La identificación no es un expediente cerrado, algo que ocurra de una vez y para siempre, sino un proceso que prosigue después del Edipo, a lo largo de la vida, en todo vínculo investido (pareja y otras personas significativas).

Para advertir el advenimiento de lo nuevo debemos contar con herramientas adecuadas. Y zafar del falso dilema psiquismo determinado/psiquismo aleatorio. No es el único. También lo son:

orden y desorden,  
sistema y acontecimiento,  
permanencia y cambio,  
ser y devenir.

Pensar el psiquismo como un sistema abierto, permite reflexionar acerca de la tramas relacionales y sus efectos de producción subjetiva. La realidad psíquica es la apropiación fantasmática de esas tramas donde se articula determinismo (en cuanto a ciertos constituyentes estructurales) con azar (acontecimientos no reductibles a la estructura).

Las ciencias no son respuestas a una Naturaleza constante e inmutable, sino a culturas en constantes mudanzas. Las teorías nacen y se desarrollan en un contexto social, ideológico e histórico. Este libro fue escrito en Argentina y en 2002, en tiempos en que una pesadilla de mil cabezas (política, social, económica, ética, etc.) se abatía sobre el país, amenazando aplastarlo. ¿Lo aplastará? El psicoanálisis puede contribuir a impedirlo, pero no es una cosmovisión. Pero tampoco lo son la ciencia económica o la gestión política, ahora dispuestas a arrogarse un papel totalizante. El psicoanálisis es uno de los que llaman a salir del letargo y a trabajar, a elaborar la queja en ámbitos colectivos, sin personajes salvadores ni teorías mesiánicas.

2002 comenzó socavado por la desocupación, por la pauperización generalizada, por la decepción con la corporación política y su imposibilidad de mirar otra cosa que sus prebendas y (lo que no es menos peligroso) sus rituales. ¿La protesta derivará en construcción colectiva, o volverá como un *bumerang* destructivo sobre las mismas víctimas? Las reglas de juego, tanto económicas como sociales, más que cambiantes, son reglas ausentes. Es necesario invertir un futuro... ¿hay futuro? Sólo hay tristeza, angustia y pánico. Planes de fuga: el exilio de la dictadura es reemplazado por un éxodo plurigeneracional. Nadie sabe a qué atenerse hoy. ¿Puede un psicoanalista aportar algo, junto a economistas, políticos, comunicadores sociales, al pueblo en marcha?

Sobre las ruinas, y no sin teoría, habrá que trabajar en la reconstrucción de los niveles de vida y de los proyectos de vida. Freud (1930) escribió que la cultura “*comprende todas las normas necesarias para regular los vínculos recíprocos entre los hombres y, en particular, la distribu-*

*ción de los bienes asequibles*". Se han demolido en la Argentina las "normas necesarias". Los "vínculos recíprocos": vínculos familiares, comerciales y amistosos se pulverizaron. Y la "distribución de los bienes" (los que no se "evaporan") parece regida por arbitrarios privilegios.

¿Quién, por aceptar que el psicoanálisis no es una cosmovisión, sería ciego al "espíritu de la época" [Zeitgeist]? Nuestra Zeitgeist parece muda, pero si escuchamos bien está que arde. Nada de esa calma chicha que pregonaba el "fin de la historia".

Las "tecnologías de ráfaga" han convertido en obsoletas a las personas, no sólo a las mercancías. No rigen, no pueden regir, los "siempre se hizo así", los "siempre se pensó así". Pero se arroja al niño al arrojar el agua sucia de la bañera. Se arrasa con los "siempre se sintió así", como si no hubiera nada de permanencia, como si toda tradición fuera anquilosante.

Dicho desde nuestro oficio: el sentimiento de estima de sí deviene precario al perderse anclaje cultural. Y es allí donde saco de mi caja de herramientas lo trófico del narcisismo.

La década del 90 se convirtió en un *tour de force* en que cada uno debió dar lo mejor de sí y lo más de sí en la producción. Al paulatino aumento de la dedicación se agrega una disminución de las garantías de estabilidad, que afecta primero a los trabajadores menos calificados y casi en seguida a los cuadros jerárquicos. Las carreras profesionales se vuelven volátiles. Un fenómeno que en la Argentina es trágico, pero que se advierte también en Europa y en los EE.UU. El lugar de los "desocupados" ha sido ocupado por una nueva categoría: los "excluidos", gente que cayó fuera del mapa, fuera del sentido. Se vive en un mundo inestable, hecho de trayectorias inciertas, con miedo a ser el próximo arrojado del sentido. De allí los colapsos narcisistas.

No hay *bunkers*, no hay refugios narcisistas. Es una guerra total, declarada y no declarada, con armas y sin armas. Faltan referentes, brújulas que indiquen latitud y longitud en la neblina.

¿Ustedes creen en las teorías conspirativas? Lo peor de esas teorías es que a uno lo dejan indefenso en manos de los conspiradores. Indefenso, por ejemplo, ante campañas sistemáticas de personas y organizaciones contra la tradición, como si toda ella fuera reaccionaria, como si fuera lo mismo dejar caer lo obsoleto y dejar caer los reparos identificatorios.

Caído el Muro, caídas las Torres Gemelas, caídos varios presidentes, caído el peso, caídos tantos ideales, ¿quién podría sentirse protegido entre cuatro paredes, sea en su casa, sea en su trabajo? ¿Ningún mástil al que aferrarse? Mástiles. Ejes. El psicoanálisis debe repensarse. Tarea nada sencilla pensar nuestra clínica, pensar ese conjunto de ejes propios y ejes heredados (de Freud y los posfreudianos). Lograr un psicoanálisis contemporáneo, implica no sólo administrar una tradición y un patrimonio sino hacerla trabajar desde el presente.

Y no se trata de mechar algunas frases de Freud con algunos sentimientos vagamente progresistas. Y si otra vez se trata del intelectual "comprometido", se trata otra vez de un compromiso que debe ser elaborado, para que no termine en una pesadilla.

Hoy es ahora, cuando la relación del sujeto con lo externo se vuelve desorganizante y el riesgo es una salida autística o el entregarse a un salvador. Hoy el psicoanálisis aporta su teoría de la

intersubjetividad y de la complejidad, pero como herramienta y no como cosmovisión<sup>11</sup>. Se suma a las otras disciplinas, así como sus practicantes se suman a los otros ciudadanos, a los otros practicantes. Se despoja (trata de despojarse) de sus rémoras: epistemológicas, teóricas, técnicas y, sobre todo, corporativas.

Al quitarle al psicoanálisis toda pretensión de cosmovisión, Freud —osadamente sensato— preservó toda su potencia clínica. Se marea el analista que pretende, por el mero hecho de serlo, convertirse en líder social. Está tan desubicado como el psicoanalista que observa la catástrofe desde la torre de marfil.

“*Fin de la historia*”, “*Fin de las ideologías*” son los anzuelos del fatalismo economicista propiciados por la restauración neoconservadora. Y los “*nuevos filósofos*” y el “*pensamiento débil*” del postmodernismo mordieron el anzuelo. Se encerraron en sus acrobacias retóricas, anunciaron “*la caída de los metarrelatos*” y, para colmo, formularon una denuncia nihilista de la ciencia. “*La imaginación al poder*” fue suplantada por otras consignas: “*Muerte del sujeto*”, “*muerte del yo*”, “*crisis de la razón*”, “*derrota del pensamiento*”.

Si “*a rey muerto, rey puesto*”, ¿a qué rey veneramos cuando festejamos la “*muerte del sujeto*”? ¿Y a cuál estaremos venerando ahora, cuando el sujeto vuelve por sus fueros? La deconstrucción posmodernista de la subjetividad fue, en algún sentido, mera astucia ideológica, algo que enmascaró diversos intentos críticos, que hoy emergen, muy cambiados sí, y que sería imposible acallar. Se está construyendo una concepción de la experiencia social contemporánea y de la subjetividad. En esa construcción, “representación”, “fantasía”, “identificación”, “placer”, son ejes o ladrillos. Se construye con la argamasa de un compromiso. La psique está siempre descentrada por su inserción traumática en el orden socio-simbólico. Pero este descentramiento del sujeto no tiene por qué impedir un compromiso reflexivo con los otros y con las diversas prácticas colectivas.

No puedo soslayar, en un libro que aspira a desentrañar la intersubjetividad, consagrarle un capítulo a los aportes de Lacan. Pero adelanto ya mismo que su conceptualización de lo imaginario la considero un obstáculo epistemológico (Bachelard) para una teoría psicoanalítica de la intersubjetividad.

La cuestión de los señuelos, las trampas y los engaños ya había sido abordada por el Eclesiastés y por los filósofos de todas las épocas. Lacan intenta abordarla como psicoanalista, inspirándose en la lingüística estructural. Y surge así un conjunto de tesis: el yo es imaginario, el otro es incognoscible para el yo, y el inconsciente es efecto de la estructura universal de lenguaje. Lo imaginario ejerce un influjo determinante en todas las relaciones posteriores entre el sujeto y el otro. Se trata de poner en cuestión esta versión de lo imaginario.

---

<sup>11</sup> “Una cosmovisión es una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta, y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso. Es fácilmente comprensible que poseer una cosmovisión así se cuente entre los deseos ideales de los hombres. Creyendo en ella uno puede sentirse más seguro en la vida, saber lo que debe procurar, cómo debe colocar sus afectos y sus intereses de una manera más acorde al fin” (Freud, 1932).

Diversas negatividades -faltas, hiancias, fisuras- estructuran al “*sujeto del inconsciente*”. Existe una separación fundamental entre el “Otro” (lenguaje/inconsciente) y el «otro» (la otra persona). En todo trato intersubjetivo, el sujeto busca, a través del otro, una imagen que le confirme su identidad. Pero en vista de los señuelos del orden imaginario, esos otros no pueden sino arrojar desconocimiento.

Para salir de un atolladero, lo primero es saber que uno está en un atolladero. La teoría de Lacan no puede explicar los procesos psíquicos por los cuales se crean y se forman imágenes especulares. Sitúa lo imaginario en un espacio cerrado de desengaño e ilusión: una superficie especular incluida en una triste ontología de repetición, de muerte y de cierto narcisismo. Condena al yo al mundo congelado de lo idéntico. A despecho de la inmensa complejidad y diversidad de formas imaginarias, el yo para Lacan no deja de ser siempre el resultado del desconocimiento.

Una distinción del tipo “*narcisismo trófico/narcisismo patológico*” a Lacan le hubiera parecido poca cosa<sup>12</sup>. El yo que había concebido no le causaba ninguna duda. Un yo radicalmente alienado. Las bases imaginarias de la subjetividad no pueden sino modular siempre al otro como un espejo. Así, Lacan elabora una concepción que ve la intersubjetividad afectada universalmente por la estructura imaginaria de desconocimiento. Las relaciones con los otros pasa a ser una ficción, un efecto de “sutura” de dimensiones más profundas. Al idealizar la “falta” como autenticidad del sujeto, el yo, la intersubjetividad y la comunicación no pueden ser sino ilusorias.

Sin embargo, el inconsciente y el preconscious son fuente productiva de representaciones y afectos. Las dimensiones imaginarias se insertan en relaciones asimétricas de poder que estructuran las instituciones y la vida social. El campo social no es una simple fuerza exterior, sino una base productiva que constituye a los sujetos. Pero sería un error entender que el influjo del campo social sobre la psique fuera omniabarcador y unificante. Al contrario, psique y sociedad tienen entrelazamientos complejos y contradictorios. Los sujetos nunca son resultado pasivo de lo simbólico sino que reinterpretan de una manera creadora esas significaciones mediante su actividad de representación.

Si se transforma lo imaginario en un universal ideológico vacío, no hay espacio para estudiar la incidencia de los fenómenos culturales en las transformaciones históricas de la subjetividad. Sin duda, lo imaginario se entrelaza de mil maneras con lo simbólico y sin duda lo imaginario es de distintas índoles: desde estados de desintegración, de destrucción y de odio, hasta la empatía, el cuidado y el amor. Pero lo simbólico y lo imaginario son siempre irreductibles. Cualquier transformación de las representaciones simbólicas exige una correspondiente reorganización imaginaria del sujeto. Del mismo modo, a despecho de qué tome prestado de las formas simbólicas, lo imaginario rebasa sus determinaciones simbólicas y es más que un registro derivado. Por eso sostengo, lejos de Lacan, que lo imaginario creador desempeña un papel significativo en la cultura.

Mi programa es lograr que la teoría del sujeto considere el deseo y la represión pero teniendo en cuenta que los sujetos son capaces de reflexión crítica y de obrar de una manera creadora e imaginativa tanto en la relación con los otros como con sus proyectos.

---

12 Véase Hornstein (2002) y los capítulos VI y VIII.

Cuidar las palabras y cuidarse de las palabras. “*Utopismo*” no es sólo una irresponsable, fogosa e inconducente actitud juvenil sino la única manera de invertir el futuro. Pero, para que no quede margen para los espejismos, digamos “*utopismo crítico*”. El futuro es el lugar de los proyectos. Proyectos viables, que vamos apuntalando con realizaciones en el día a día. Ese “*utopismo crítico*” debe elaborar proyectos informados por los procesos que se intentan transformar. Se opone tanto al voluntarismo sin respaldo teórico como al “fatalismo de banquero”, que no puede pensar un mundo diferente al de su bolsillo. Los intelectuales, más que “*remendar la vajilla que rompen los economistas*” (Bourdieu), deberían asumirse como uno de los protagonistas en estos debates. Y sin ponerse mesiánicos, cada uno desde su lugar de trabajo.

Como ciudadanos, estamos **en** una catástrofe social, intentando resolverla. Como psicoanalistas, **ante** una catástrofe social, brindando nuestras herramientas. Por ser una “*catástrofe*” y no un “*trauma*”<sup>13</sup>, sería insuficiente una teoría traumática simplista que elimina la recursividad en la causalidad psíquica. ¿No es idealismo pensar el mundo fantasmático sin tener en cuenta las reactualizaciones que sobre la realidad psíquica genera la realidad material? La práctica se transforma en este contexto. Debe transformarse. En una sociedad como la argentina donde las instituciones se desmoronan vertiginosamente algunas terapias psicoanalíticas tienen que hacerse cargo de la contención que ha dejado vacante el desmantelamiento del estado. Pero temporariamente. Se habla tanto de robo que quizás, aturcidos, no advertimos que se están robando el futuro.

Muerto Freud, con otros paradigmas y sin las neurosis como único referente, el psicoanálisis no está huérfano, aunque tenga que complejizar la metapsicología de Freud, y quedarse sólo con lo vigente. (Un ejemplo entre muchos: la coexistencia de la angustia de castración con las angustias que expresan una labilidad de las fronteras entre el yo y el objeto para dar cuenta de la patología contemporánea del narcisismo)<sup>14</sup>.

El psicoanálisis fue y es primordialmente una terapia. Es además muchas cosas. Pero sus extensiones se derrumban sin el sustento de la práctica. ¿Quién puede sostener, frente a pacientes que no sean candidatos, ni analistas, ni creyentes, una arrogancia autosuficiente, una postura oracular, una asimetría leída en vaya a saber qué libro? Y repito ¿por qué? ¿De qué análisis personal provienen, ellos pero más que nada sus posturas? ¿De qué supervisiones? ¿Qué tiene eso de freudiano? O siquiera de psicoanalítico o de terapéutico.

Las vidrieras y las mesas muestran una producción escrita reverberante. ¿Leen poco las nuevas camadas? ¿Se les ofrece algo que tenga en cuenta su praxis? A veces, la lectura, decepcionante,

---

13 Lewkowicz (2002) diferencia trauma, acontecimiento y catástrofe. Por un lado, el trauma remite a un estímulo excesivo que no puede ser captado por los recursos previos. Si el trauma no supone ninguna alteración radical en el juego interno de la lógica que afecta, el acontecimiento lo exige, lo produce, lo funda. Por eso mismo, el acontecimiento requiere de una transformación subjetiva para ser tomado. El acontecimiento no se reduce a pura perplejidad frente a lo inaudito, se trata de la capacidad de lo inaudito para transformar la configuración que ha quedado perpleja frente a él. La catástrofe es pensable como una dinámica que produce desmantelamiento sin armar otra lógica distinta pero equivalente en su función articuladora. De esta manera, lo decisivo de la causa que desmantela es que no se retira, esa permanencia le hace obstáculo a la recomposición traumática y a la fundación acontecimental.

14 Véase el capítulo referido a las organizaciones *borderline*.

es abandonada. A veces es abrazada como un teoricismo. Lo que es aún más grave: ese teoricismo deviene dogmatismo. El dogmatismo produce un desinvertimiento del tiempo futuro en provecho de la idealización de un proyecto ya realizado por otro, consumando un deseo de muerte que concierne al pensamiento. No hay otra verdad que aquella dicha en nombre del texto por su intérprete calificado. Y por supuesto que idealizar a otro (sujeto, grupo, texto) que pueda encarnar el yo ideal tiene beneficios secundarios: eludir un duelo y un trabajo. Un trabajo que no siempre es coronado por una producción.

Luchando contra lo desconocido, el proto-hombre se fue hominizando, hasta llegar a ser el orgulloso *homo sapiens*. Creó herramientas, domesticó el ganado. Tuvo que salir a la intemperie para que la cueva fuera cada vez más habitable. Tuvo que sobreponerse al miedo que lo hizo refugiarse en certezas “teóricas”. En el beatífico estado de certeza “teórica”, el universo conceptual impone su propia idealidad sobre la práctica. Sin que uno lo advierta, aprender se convierte en repetir. Y no hay vacunas. Sí, precauciones, como contrastar teoría y práctica, en nosotros y en nuestros autores. “*Quien en la polémica de las opiniones invoca la autoridad, se vale de su memoria, no de su entendimiento*” (Freud, 1910).

En un saber dogmático la teoría es fetichizada, y su relación con el objeto que pretende teorizar es secundaria, pues lo primordial es la relación con los destinatarios. El hermetismo enmascara sus deficiencias y asegura el doble movimiento de selección y exclusión<sup>15</sup>. Prevalece la idea de un saber reservado, inabordable salvo por un pequeño grupo, elegidos o autoelegidos como custodios del texto. Cualquier “vuelo” teorista que eluda la prueba de la práctica, cualquier enunciación que asuma la modalidad de la certeza, conduce inevitablemente a una mistificación.

Citaré mucho a Castoriadis, Atlan, Morin. Aportan una nueva noción de “organización” que implica construcción, producción y reproducción de orden y de desorden, allí donde la visión estructuralista, hipotecada a la idea de orden, había terminado por reducir la organización al orden. Una organización constituye y mantiene un conjunto no reductible a las partes, porque dispone de cualidades emergentes y porque comporta una retroacción de las cualidades emergentes del “todo” sobre las partes.

¿Y qué es la tópica sino una organización?<sup>16</sup> En tanto tal, no puede reducirse a la organización de ninguno de los subsistemas, siendo un producto, un producto transitorio, de la interacción. Las instancias son distinguibles pero no independientes. Sus propiedades y su significado se adquieren con la interacción en el seno del todo. Se constituyen históricamente, sí, pero persisten como una totalidad contradictoria, una pluralidad, un magma<sup>17</sup>.

---

15 El hermetismo es la penosa y laboriosa trituración de la expresión para que la misma adquiera la apariencia de la profundidad. Es la impostura y el camuflaje del vacío. Ningún gran pensador ha sido jamás hermético. Aristóteles y Hegel, por ejemplo, son difíciles pero no herméticos. (Castoriadis, 1977)

16 Sólo al fundar su tópica, Freud postula la irreductibilidad del conflicto y puede pensar las formaciones de compromiso en el triple registro de la metapsicología. Véase el capítulo V.

17 Castoriadis llama “magma” a un modo de coexistencia de fragmentos de múltiples organizaciones lógicas pero no reductible a una organización lógica.

El psiquismo es un sistema abierto autoorganizador en permanente intercambio con lo exterior. El abordaje de la tónica no puede soslayar su heterogeneidad de inscripciones y de memorias, así como la articulación y combinación de fuerza y sentido, de representaciones y de afectos.

Freud, desde 1920, opone pulsiones de vida y de muerte. Ya no son las pulsiones sexuales, sino las de vida las que se enfrentan a las de muerte. Las pulsiones de vida congregan las pulsiones de autoconservación y las sexuales (objetales y narcisistas). Tienen por meta encontrar soluciones transaccionales que contemplan las exigencias contradictorias entre autoconservación, libido objetal y libido narcisista, teniendo como antagonista las mudas pulsiones de muerte.

*“Encontrar al objeto es reencontrarlo”*. Si en vez de aislar la frase la ponemos en el contexto de los escritos de Freud, es imposible pensar que el objeto es siempre el mismo. Eros no es sino la búsqueda de nuevas relaciones y, por lo tanto, de nuevos objetos. *“Nuevas relaciones”*, en boca de Freud, no es una mera reactualización de las que ya se tuvo en la infancia. Claro, algunos tienen una concepción nostálgica del deseo<sup>18</sup>, o la sensación de que el futuro está en el pasado, pero, concepción o sensación, también es psicoanalizable.

*“La meta de Eros es producir unidades cada vez más grandes y, así conservarlas, o sea, una ligazón”*. Tres aspectos comprende esta definición: 1) la conservación como una de las metas; 2) su carácter expansivo que consiste en crear *“unidades”* cada vez más grandes; 3) la ligazón, que sostiene tanto la conservación como el carácter expansivo. Una paradoja: la conservación se realiza a través del carácter creador. Con la expansión *“se neutraliza”* la pulsión de muerte componiendo formaciones psíquicas más complejas. Esa complejización es capacidad de ligazón. La pulsión de muerte utiliza la desligazón que embiste contra la organización y la coherencia. Es mediante la creación de lazos como la pulsión de vida se opone a la pulsión de muerte (Rosemberg, 1997).

Una fusión pulsional exitosa logra la permanencia del pasado en el presente posibilitando la historicidad de la vida psíquica en oposición a una renovación que no conservara nada del pasado<sup>19</sup>. La idea de que toda pulsión es conservadora se basa en una termodinámica de los sistemas cerrados. En ellos siempre el destino es el retorno a un estado anterior. Pero para la biología contemporánea todo sistema vivo tiende a funcionar lejos del equilibrio hacia un estado de menor entropía mediante autoorganización.

La crítica al determinismo nos conduce a pensar las series complementarias diferenciando potencialidades abiertas a partir de la infancia y nos libra de prejuicios fatalistas. Postular un determinismo causal absoluto de todo lo que acontece en el universo (en el que todo lo no determinable sea nada más que todavía-no-determinable, un todavía atribuible a nuestra ignorancia) implica postular que todo fenómeno puede ser predicho. Ese determinismo supone que el azar no es más que una ilusión debida a nuestra pasajera o contumaz ignorancia de un determinismo escondido.

---

18 Deleuze diferenció el deseo como recuperación (la ideología de la carencia) y el deseo como producción.

19 *“Es llamativa y puede convertirse en punto de partida de ulteriores indagaciones, la oposición que de este modo surge entre la tendencia de Eros a la extensión incesante y la universal naturaleza conservadora de las pulsiones”* (Freud, 1920).

El sujeto no es una sustancia, sino un devenir en las interacciones. Las nociones de historia y vínculos son los pilares fundamentales para construir una nueva perspectiva transformadora de nuestra experiencia del mundo, no sólo conceptual, sino sensible. De las ciencias de la conservación a las de la creación: la noción de historia está estrechamente ligada a la de creatividad. Liberadas del determinismo clásico, las teorías actuales han dejado lugar a la diferencia como factor de creación y cambio. La historia no es mera repetición, ni despliegue de lo ya contenido en el pasado; incluye acontecimientos que no están predeterminados: el ruido, el azar, el otro, lo distinto son las fuentes de novedad radical y vías para el aumento de complejidad, y no meros “defectos despreciables”. No existen sólo sistemas cerrados y cerca del equilibrio sino también sistemas abiertos para los que el equilibrio significa la muerte (Najmanovich, 2001).

La estabilidad psíquica se tiene que reconstituir en cada instante según condiciones económico-dinámicas que surgen y se desvanecen sin cesar. Una vez Freud tituló un capítulo “*Vasallajes del yo*”. Pero antes y después, el yo de Freud no es precisamente un esclavo sino la resultante de transformaciones permanentes de un psiquismo abierto, tanto hacia el mundo interior como hacia el exterior. El concepto de yo desafía el pensamiento y al tiempo. Da pasto a los dimes y diretes. Por su complejidad, parece inabarcable. Entonces se opta por una parte. O demasiado abarcado, se le agrega una parte, por ejemplo un sí-mismo como instancia representativa de las investiduras narcisistas. Aplausos y abucheos disimulan malamente posiciones preconcebidas. Pero la polémica continúa: yo-función versus yo-representación. El “*versus*” no estaba en la versión de Freud.

Para afrontar situaciones que le harían revivir su primordial desvalimiento, el yo apela a la señal de angustia. Angustia ante la irrupción de lo inconsciente, angustia real y angustia ante la pérdida de amor del superyó. Así hostigado, el yo produce sueños y síntomas. Los sueños satisfacen al deseo sin miramiento por la realidad; los síntomas satisfacen al deseo y al superyó, y a veces también al ideal. Pero la realidad se reintroduce por la vía del beneficio secundario. No pocas veces el asediado yo, el “avasallado” yo logra transacciones satisfactorias tanto en sus actividades como en sus relaciones con los otros.

El yo de algunos posfreudianos se parece al de los prefreudianos, con sus pretensiones de totalidad. Freud lo presentó como una instancia subrayando su dependencia de varios amos (ello, superyó, realidad). La idea de una estructura que pone en juego subsistemas en conflicto da paso actualmente a la búsqueda de una aprehensión global. ¿Y el inconsciente? Cada vez más, se lo está concibiendo como independiente de cualquier fuente pulsional. Cada vez más, el *self* reemplaza al yo freudiano, y no sólo para los partidarios de Kohut. El tiempo del Otro ya no tiene especificidad. Hay un único tiempo supuestamente común al analizante y al analista. Las interpretaciones devienen anhistóricas. Ese tiempo “atemporal” exige “*una reflexión sobre la causalidad histórica notablemente ausente del debate tanto en Francia como en otros países. La interpretación encierra al analizante en la actualización pura y simple de la relación inmediata con el analista. ¿Y si por este camino retornara, solapadamente, la sugestión?*” (Green, 2000).

Finalmente, ha sido respetada la complejidad del narcisismo<sup>20</sup>, se mencione o no la teoría de la

---

20 Véase el capítulo VI y VII.



complejidad. Se ha ido aceptando la noción de narcisismo trófico. Gracias a su aspecto trófico, el yo mantiene la cohesión, la estabilidad (relativa) del sentimiento de sí y la valoración del sentimiento de estima de sí. “*De la elección narcisista a la organización psíquica*”: el objeto se transforma en sujeto a través de las vicisitudes pulsionales y su devenir identificatorio.

Todavía queda jugo en la noción de narcisismo. Conceptualizar la oposición-relación entre yo y objeto es insoslayable. Y una reflexión sobre el narcisismo es también una reflexión sobre el sujeto. El sentimiento de estima de sí es tributario de una historia (libidinal e identificatoria), de los logros, de los vínculos, así como de los proyectos que desde el ideal indican una trayectoria por recorrer.

La economía narcisista, a fin de mantener el sentido de identidad y regular la autoestima, lidia con una fluctuante representación de sí. El analista está atento a la intensidad de las fluctuaciones, así como a los recursos con que cada sujeto se apuntala narcisísticamente en los objetos, en los logros y en su historia identificatoria.

Para que mi analizar no se sustraiga por completo a lo compartido y lo compartible, entre otras acciones, publico. Publicar es combatir cierta soledad<sup>21</sup> a la que nuestro trabajo nos confina. Y recibir respuestas.

Una teoría compleja requiere una recreación intelectual constante. La simplificación tecnológica conserva sólo lo que es operacional, con lo que deviene un recetario técnico. Ya dije que contra el dogmatismo no había vacunas, apenas precauciones. Aquí agrego otra: cuidar a las nuevas camadas, generar espacios de producción donde desde el comienzo se convierta a los “*aprendices*” en productores y protagonistas del avance del psicoanálisis<sup>22</sup>. Todo analista debe preservar su eterna condición de aprendiz, de alguien que descubre cuán difícil es trasladar a la escritura las herramientas de la clínica y cuán difícil es pisar terreno firme en la lectura y que vuelva a crecer el pasto. Publicar es abrir brechas, crear alternativas. Al desplazarnos de la práctica a la escritura nos exponemos, buscamos salir de la claustrofilia clínica arriesgándonos al desamparo. A través de la inscripción cultural de la escritura aspiramos a otra intelegibilidad, mas social que privada. Publicar conlleva una exigencia de rigurosidad distinta a la que reina en la práctica (Mauer, Moscona y Resnizky).

Un psicoanalista es una trayectoria y no alguien con fueros especiales. Se analiza. Lee. Procesa sus lecturas. Y por supuesto, ejerce. Ejerce la clínica y la teoría. A veces supervisar y enseñar le vienen por añadidura. Escucha en atención flotante, ni totalmente pasiva ni totalmente desinformada. Día a día va procesando sus lecturas, su experiencia clínica, su propio análisis, su participación en diversos colectivos, va complejizando su escucha, hostigada por ortodoxias

---

21 Soledad presente también en la escritura y que se hizo más tolerable al recibir en la lectura de los borradores las observaciones de Ricardo Bruno así como la constante dedicación de Griselda Pereyra. Para quien quiera enviar comentarios, preguntas, objeciones mi e-mail es info@luishornstein.com. Esas ideas, en todos sus estados, serán bienvenidas.

22 “Balzac decía que los solterones reemplazan los sentimientos por hábitos. Igualmente, los profesores reemplazan los descubrimientos por lecciones.[...] Para enseñar a los alumnos a inventar, es bueno darles la sensación de que ellos hubieran podido descubrir”. (Bachelard, G.)

y espontaneísmos. La teorización podría tornarse tan consciente, tan sistemática que dejara de flotar. Y el espontaneísmo no suele implicar espontaneidad sino lo contrario: una conducta previsible, no menos rígida que la teoricista, sólo que antiteórica. En sus investigaciones el psicoanalista puede privilegiar ciertos aspectos de la teoría. La práctica, en cambio, lo obliga a investir la totalidad de la clínica. Esta atención flotante es el prerrequisito para una interpretación a salvo de un saber preestablecido, de una mera “aplicación” de la metapsicología.

Si aceptamos que es abierto, el psiquismo del analizando es un enigma. Y en ese sentido también el analista está expuesto, expuesto al enigma, que debe elucidar por medio de construcciones “teóricas” sucesivas y siempre fragmentarias. Expuesto a la totalidad de lo psíquico, intentando preservar la coexistencia de lo conocido y desconocido, entre el necesario rigor del pensamiento teórico y la libre disponibilidad de la atención flotante.